

Arte, amor y todo lo demás

Decadentismo burgués, que diría Trotski. Son unos versos tan decadentes, los de esta cuarteta, que parecen de Maiakowski. Pasémosles por alto. La cosa dice finalmente: «Y si le encuentras, marinero, dile que yo sufro por él». Tampoco es cierto. Una mujer que sangra lentamente de mostrador en mostrador, lo que necesita es un tampax. En cuanto a pegarle al aguardiente, parece mentira que sea española y no tome anís del mono o quina de Santa Catalina, que es medicina y es golosina. «Y si le encuentras, marinero, etc.» ¿Y cómo va a encontrarle, con el cerco internacional? Esta tía no tenía idea del momento histórico. Debía ser una ninfónama. Le gustan los marineros más que a un poeta lírico del 27.

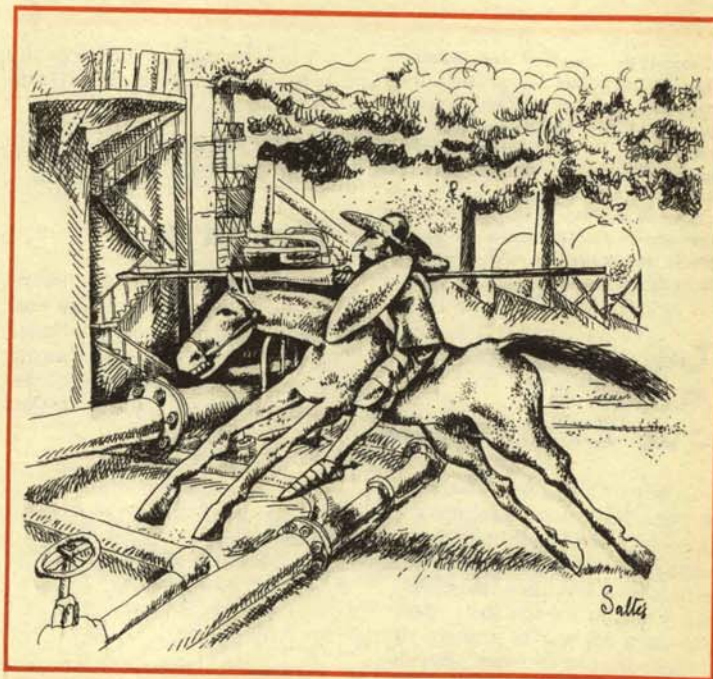
«Tatuaje» es la Quinta Sinfonía de los felices cuarenta, la mayor obra lírica de la época, pero no asume sus contradicciones internas, que es lo que le pasa al arte burgués, desde Beethoven a la Piquer. A mí lo que me gusta, por recio y viril, es «Montañas nevadas». ■ UMBRAL.

Platerito, boca a boca

Hasta que no se compran una finca y una ganadería y se arremojan con una francesa, los revolucionarios del toreo dana malísimos ejemplos. De modo que este revistero, por el bien de la fiesta nacional, le desea toda clase de venturas a Juan Martín «Platerito de Cádiz»: una feliz y pronta alternativa, buenos bombones de Núñez, oportunos vitorinos para que Zabala acabe por consagrarlo, un acertado apoderamiento. Y

que se haga rico, y que se compre una finca y una ganadería, y que salga por la televisión francesa, y que unos ingleses escriban un libro sobre él, y que encuentre a la mujer de sus amores, sea italiana o sueca, y se case con ella, ora por lo civil, ora con las bendiciones de nuestra Santa Madre, ora por lo castellano, que es no casándose y juntándose. Pero, por favor, que deje de poner banderillas con la boca. Si Rafael el Gallo hiciese el «sensurround» en el mausoleo de Mariano Benlliure y levantara la cabeza, el puro y el pañuelo blanco de seda se arrepentiría por toda la muerte de haber metido una silla en un ruedo. Aquellas sillas trajeron estos palos.

Colocando los garapullos con la cavidad bucal, que decimos los revisteros cuando escribimos en plan fino, Platerito está dando un malísimo ejemplo al país. Porque todo el sol y parte de la sombra no se fija más que en cómo pone los palos, no dónde ni de qué manera. Yo, que le he visto en su San Fernando natal, puedo decirles que los coloca aliviándose, a toro pasado, con un falso quiebro. Así pone banderillas con la boca Platerito y su señora esposa de usted, a la que presento mis respetos y beso la mano. No es que yo le exija a Platerito que sea Almensilla, ni Paquirri, ni Luis González, ni Luque Gago. Incluso creo que es deber de todo diestro aprender bien a coger los palos, porque así —banderilleando toros que matarán otros— pueden acabar su vida artístico-laboral. Pero, ¡por Cúchares y Pedro Romero!, que aprenda primero a banderillar y después clave los arpones con las fauces, que es otro modo con que los revisteros decimos esto en plan fino cuando ha habido en-



tendimiento con el sobre.

Siguiendo el ejemplo de «Platerito de Cádiz», de un momento a otro en España se pueden empezar a presentar enmiendas a la totalidad con la boca; a comprar telefónicas con la boca; a desentendernos del Sahara con la boca; a contar los parados con la boca; a detener la inflación con la boca; a firmar con la boca el acuerdo con los Estados Unidos; a renovar el Concordato con la boca; a presentar con la boca candidatos a concejales por Reforma Social Española. Y todo el mundo se fijará sólo en lo espectacularmente que dejamos el Sahara, que firmamos con los americanos, que ganan las elecciones municipales los de Unión del Pueblo Español. O sea, más o menos como ahora: a toro pasado. ■ CURRO TALEGUI-LLA.

Marlene a la pata coja

Con el accidente sufrido por Marlene en una de sus piernas (una de las dos más bonitas del mundo), comienza a desmoronarse un imperio. Aún queda otra pierna igual de bonita, pero matemáticamente eso supone medio imperio, nada más. Los mitos se erosionan y se quedan cojos. Por lo menos, los mitos exteriores. De puertas adentro nunca hemos tenido piernas tan famosas como las de Marlene. Ni Carmen de Lirio ni Celia Gámez han podido competir en publicidad con las piernas democráticas de aquel ángel que dejó pronto de ser azul

para convertirse en una legal nostalgia de culturas intransigentes. Para ser nostálgicos hay que cambiar de tiempo; nadie tiene memoria del presente por muy largo que éste sea. Y nuestro presente es de aquel azul que Marlene interpretara cuando el cine todavía ni hablaba. Nuestro cine no ha superado todavía el reducto del melodrama; sigue siendo esquemático, ramplón y de derechas. Las únicas piernas que se han hecho famosas han sido las de Alfredo Landa, acabadas por arriba en unos calzoncillos blancos que no se encuentran en las tiendas, y por abajo en calcetines negros tipo «ejecutivo» que no sólo pueden verse en cualquier escaparate, sino que responden a una recta todavía fresca de nuestra historia cinematográfica y hasta ciudadana.

El contacto de los españoles con las piernas de Marlene fue a través de revistas y fotografías; o de películas que perdían en el viaje su sentido del humor y se hacían serias y melodramáticas... Aquí no se matizaba el sentido de su figura, llegando a confundirse las piernas de Marlene con otras piernas cualesquiera. Lo que en España se miraba sólo eran muslos y caderazos. Y en Marlene ni eso siquiera, porque no fue guapa ni exuberante. La Rita Hayworth en «Gilda», sí que estaba buena. Pero Marlene, que sólo tenía piernas y que cantaba todavía en alemán, erotizaba menos. Se nos escapó la transgresión que hacía Marlene de unos valores que para ella (que para ellos, los seres exteriores) habían cambiado de color y de tiempo, porque aquí no se podía entender que se tomara en broma el pan nuestro de cada día.

